

El hueco del 9/11

Por CARLOS MANUEL RAYA

Poco después de que se cumplan los siete años de los tristemente exitosos ataques terroristas a las Torres Gemelas y al Pentágono, los norteamericanos estarán frente a las urnas para elegir su presidente número 44. Parecería un simple ejercicio electoral, tras repetirse ininterrumpidamente por más de 200 años, si no fuera porque, como pocas veces, los candidatos finales han sido tan impredecibles.

Sólo a un tonto o a un ignorante se le ocurriría darle la espalda a las elecciones norteamericanas. Para bien o para mal, es el país militar y económicamente más poderoso del mundo, con tantos habitantes como la Comunidad Económica Europea en su conjunto, y uno solo de sus estados, California, está entre las siete primeras economías del planeta; el emergente Down Town de Miami Dade, acaso una quinta o sexta parte de todo el condado, ingresa al presupuesto valores por más 5 mil millones de dólares al año.

Como señalara Martí en el siglo XIX, es cierto que en las elecciones norteamericanas hay un verdadero derroche de dinero, luminarias y no pocas intervenciones en la vida personal de quienes se lanzan en pos del *trabajo más difícil del mundo*. Pero en esta ocasión no son las recaudaciones, los efectos de luces ni los *trapos sucios* los que, hasta ahora, han perfilado a *tres candidatas impensables*: un anciano afectado de cáncer y no nacido en los Estados Unidos –John McCain–, un afroamericano literal, menor de 50 años –Obama: padre

keniano, madre norteamericana–, y una ex primera dama de quien se dice fue ya presidenta tras bambalinas –Hillary Clinton.

Si, las elecciones convocadas para el 4 de noviembre de este año posiblemente serán *sui generis*. Ese agujero en el espacio y el tiempo políticos norteamericanos comenzó el día en que quedó reducido a cenizas el simbólico World Trade Center, en el Bajo Manhattan. Nunca antes el país había sido atacado en su propio corazón, cuyas *válvulas económicas* se encuentran en esa zona; a pocos pasos de las *Ground Zero* está Wall Street, conocida como la Bolsa de New York, el Edificio Trump, la famosa Tiffany's, y el sitio donde a George Washington se le puso la banda presidencial en el siglo XVIII. Hoy, la furnia de unos 8 o 9 pisos esta siendo rellena a toda celeridad, pues ya se trabaja en el proyecto de un nuevo rascacielos.

Es una excelente metáfora para explicar que la reconstrucción política de Estados Unidos, tras el llamado 9/11, busca devolver a sus ciudadanos –no sin cierta urgencia mal disimulada– por un lado la seguridad perdida, y por el otro y quizás un poco en contradicción, el prestigio internacional disipado tras los *manotazos* dados a los *oscu-*

ros sitios del planeta por el gigante herido. Los temas de campaña así lo evidencian: la guerra en Irak, la recesión que se avecina o ya es una realidad, y la inmigración ilegal.

George W. Bush, según la mayoría de las encuestas en el país, no ha hecho bien su trabajo. O tal vez no pudo hacer otra cosa. La historia dirá. Lo cierto es que le debe un segundo periodo presidencial a esa necesidad de confianza tras el 9/11 –*los ejércitos no cambian de comandante en medio de la batalla*–, y a una bonanza económica heredada de la austera administración demócrata de Bill Clinton. El *hueco* que dejan Bush y los republicanos de línea du-



ra anda en busca de cimientos para levantar otro edificio, y como suele suceder casi siempre, los nuevos materiales deben ser originales, resistentes, a prueba de inéditas embestidas.

Es en esa parte de la película donde aparecen, por primera vez en la historia norteamericana y congruentemente con la crisis, *tres candidatos impensables*.

II

No se trata sólo de que Barak Obama sea oscuro de tez, Hillary Clinton, su contrincante partidista, ex primera dama, o por el bando republicano que el hasta ahora imbatible anciano John McCain tenga 71 años. Es que con sus historias, reales e insólitas, podrían hacerse tres exitosas novelas.

De los tres candidatos con posibilidades, y hasta ahora en la liza, sin dudas es Barak Obama por quien no se hubiera arriesgado la más excéntrica de las pitonisas. Una palabra lo podría definir: carisma. Alguien le ha dicho que ojalá resulte electo presidente porque de otro modo habrán perdido un gran predicador. Tiene una voz potente, habla un inglés fluido, sin acento afroamericano, pues fue criado por su familia blanca de clase media, y asistió a las mejores escuelas.

Su discurso mantiene una coherencia y un tono esperanzador como pocas veces se ha visto en los últimos años –la hija del ex presidente Kennedy dijo que le recordaba mucho como hablaba su padre. Hijo de un keniano que fue a estudiar a los Estados Unidos, y de una universitaria nativa, el padre lo abandonó a los dos años de edad. Fue llevado al extranjero, y después regresó a su país.

Es decir, un *infortunado niño* que prácticamente no conoció el calor paternal y siendo negro fue educado como un blanco, llegó a graduarse de Relaciones Internacionales en Columbia y de Leyes en Harvard, en este caso con honores. Senador por Illinois, es el quinto afroamericano en ese cuerpo legislativo en toda su historia, y el segundo por el Partido Demócrata. En agosto cumplirá 47 años de edad. Es lógico que Barak Obama resulte una inspiración para millones de ciudadanos norteamericanos excluidos. Pero resulta curioso que de quienes más apoyo está recibiendo es de los blancos liberales de clase media y alta, todos apoyando su lema electoral: es hora de un cambio en los Estados Unidos.

De Hillary Clinton se decía, ya en tiempos de Bill, que *era quien mandaba* en la Casa Blanca. Escándalos aparte, quienes conocen a los Clinton dicen que es una pareja que funciona como una corporación: nada lo decide uno solo. Ambos abogados brillantes, Hillary Rodman encarna, para muchas mujeres norteamericanas, la audacia y la inteligencia femeninas, pues ha sido ejecutiva de grandes empresas, senadora por Nueva York, y estoica defensora de la familia cuando la infidelidad tocó públicamente a su puerta



durante el segundo mandato de su esposo.

Sin embargo, Hillary va detrás de Obama hasta ahora, y eso tiene un poco desconcertados a los analisis

que predecían, con toda razón, que al votar por ella, votaban por Bill –considerado entre los mejores presidentes de los Estados Unidos de América-, o sea, el tan deseado *dos por uno* al estilo de un *shopping* norteamericano. Es solo una opinión personal: tal vez Hillary Clinton aparenta ser menos flexible y bonachona que su esposo Bill, y en varias comparecencias televisivas ha perdido la compostura frente a un Barak Obama que ha sido un caballero.

John McCain, en cambio, es el *típico héroe norteamericano*, como si fuera un personaje sacado de una película de Hollywood –de hecho, hay un filme basado en sus memorias, especialmente estrenado en el *Memorial Day* del 2005. Nació en Panamá, lo cual no lo invalida para ser presidente, pues sus padres eran norteamericanos. Hijo y nieto de almirantes de la Marina, fue piloto y cayó prisionero al ser derribado su avión sobre Viet Nam. El gobierno vietnamita propuso su liberación –en ese momento su padre comandaba las acciones bélicas en el Sudeste Asiático- a cambio de que se confesara públicamente criminal de guerra. McCain se negó y estuvo encarcelado en solitario por dos años y medio. Fue liberado en 1973 y regresó a Estados Unidos en muletas producto de los golpes y de los padecimientos del encierro. De entonces es su frase de que no se conformaría con vivir como un ex prisionero de guerra, y tras jubilarse de la Marina entró en la política. Ha sido senador por Arizona durante estos años.

III

Un humorista cubano decía que para lanzarse a la carrera política en los Estados Unidos había que tener mucho dinero y una hoja de impecable moralidad, porque en las campañas afloraban cosas inauditas: si una vez le diste una patada a un chino o a un afroamericano, eres un abusador de las minorías; si tu abuelita se fajaba con los vecinos, provienes de una familia marginal... Y así.

Pues a Obama lo han acusado desde que fumó marihuana en su juventud –cosa que han hecho muchos norteamericanos–, hasta que ahora fuma cigarrillos –declaró que lo había abandonado cuando se lanzó por la nominación presidencial. Hace unos días sacaron una foto vistiendo turbante y una bata árabe. Obama ha visitado varias veces África, y el país de su familia paterna, Kenia, donde vive su abuela –quien, simpáticamente, hace campaña desde allá por su nieto. Eso ha bastado para que se le acuse de ser musulmán y transigir con el terrorismo fundamentalista árabe.



A la senadora Clinton no le ha ido muy bien en las últimas semanas y ha perdido de forma consecutiva varias primarias –donde se decide por cada partido quién será el candidato. Las acusaciones más fuertes le han venido de su co-partidario Barak Obama: ella ha estado comprometida con los grandes capitales empresariales antes y después de habitar la Casa Blanca y nadie así puede hablar en nombre de los pobres y de las minorías norteamericanas. Un hecho singular: Bill, su esposo, que había optado por la estrategia de mantenerse al margen, está apareciendo junto a ella y, a juicio de los analistas, eso le está quitando votos porque los electores pueden estar considerándola incapaz de valerse por sí misma.

A McCain le señalan su mal carácter. Pero el invulnerable e inflexible héroe de guerra, quien ha desbancado arrolladoramente a todos

los candidatos republicanos, tenía una limpia hoja moral hasta que le han sacado un posible *affaire amoroso* con una *lobista* del Congreso. Los responsables de su campaña se han apresurado a negar los hechos, pero las fotos ya navegan por Internet. Es muy probable que de aquí a que se decida la presidencia esta mancha en la vida de McCain crezca hasta empañar su reputación. No las tiene todas con sus colegas republicanos ortodoxos. Se le acusa de ser un liberal, y de apoyar en el Congreso iniciativas de corte demócrata. Quizás aquí se repite el fenómeno Obama: un cambio es necesario, empezando dentro de su propio partido político.

IV

Aunque el *tema Cuba* palidece en los debates pre-eleccionarios frente a las guerras en Irak y Afganistán, la crisis hipotecaria y la emigración ilegal, como han dicho muchos

analistas, hace rato Cuba se convirtió en *política doméstica* de los Estados Unidos. Pensemos por unos segundos en la magnitud numérica así como en el éxito económico y político que, en este último medio siglo, ha tenido la emigración cubana. De los 100 senadores, uno es cubano, y fue, hasta hace muy poco, este cubano nacido en Sagua la Grande, jefe del Partido Republicano de los Estados Unidos.

Por otro lado, si la Isla no representa un peligro militar cierto para su vecino del Norte, muchos analistas sí lo consideran un peligro ideológico permanente: no existe ni han existido en los últimos 50 años movimientos de izquierda en Latinoamérica desconectados de La Habana. Unos más y otros menos han visto a la Revolución Cubana como una fuente de inspiración. Hugo Chávez, Evo Morales, Daniel Ortega y, en menor medida, Rafael Correa se

consideran sus hijos ideológicos. La Habana, aun, es un interlocutor de peso en una mediación política en conflictos armados continentales como el de Colombia.

Además, Cuba es uno de los pocos países que, sin tener relaciones diplomáticas con los Estados Unidos, recibe de este país una buena parte de sus divisas por remesas familiares, y el fisco norteamericano, de los cubanos afincados en su territorio, miles de millones de dólares en impuestos a sus negocios. No existe, para ningún otro país en el mundo, una ley que permita a los ciudadanos hacerse residentes legales al año y un día de pisar suelo norteamericano. Pero tampoco ningún otro país en el planeta tiene una ley congresional norteamericana que dictamina las pautas *correctas y democráticas* a seguir en caso de un cambio de gobierno.

Y aquí los tres candidatos vuelven a ser singulares: Obama y Hillary hablarían con el gobierno cubano. El primero lo haría sin condiciones. Ella dice que esperaría gestos de La Habana. McCain parece estar obsesionado con un cubano a quien acusa de haberlo torturado durante su cautiverio en Viet Nam, y en su lenguaje inconvencional, dice que de ser presidente lo primero que haría es ir a buscarlo personalmente a la Isla. Ciertamente, tras oír esas palabras debemos andar con cuidado, a no ser que se trate de una estrategia pre-eleitoral.

Lo interesante de todo esto es que estamos asistiendo, en los albores del siglo XXI, a un cambio en los Estados Unidos en cuanto a política se refiere. Un afroamericano, una mujer y un republicano liberal son las caras visibles de un proceso que, al cabo de más de 200 años, reclama aperturas a nuevos actores y guiones. Podrán vencer las fuerzas del inmovilismo; pero ya resulta evidente que, por lo menos los protagonistas, son diferentes.

El hueco del 9/11 ha comenzado a llenarse: materiales originales, resistentes, a prueba de futuras embestidas. †